

ALFAGUARA



Benjamin Black

Muerte en verano

Traducción de Nuria Barrios

---

1.

Cuando se propagó la noticia de que Richard Jewell había sido encontrado con la cabeza reventada y con una escopeta entre las manos, limpias de sangre, pocas personas ajenas al círculo familiar o pertenecientes al mismo consideraron su muerte una gran pérdida. Jewell, a quien sus detractores más ingeniosos habían bautizado como Diamante Dick, era un hombre rico. El grueso de su fortuna provenía de su padre, el tristemente famoso Francis T. *Francie* Jewell, que llegó a ser alcalde y el dueño de una exitosa cadena de periódicos, entre ellos el temido y sensacionalista *Daily Clarion*, el diario más vendido de la ciudad. El viejo Jewell era un diamante en bruto, propenso a venganzas violentas y enemigo a muerte de los sindicatos, pero su hijo, aunque también vengativo y sin escrúpulos, había conseguido limpiar el nombre de la familia mediante actos de filantropía rodeados de una bien orquestada publicidad. Richard Jewell era un conocido mecenas de orfanatos y de escuelas de discapacitados, y el flamante pabellón Jewell del Hospital de la Sagrada Familia estaba en la vanguardia de la lucha contra la tuberculosis. Esas y otras iniciativas similares en una ciudad castigada por la pobreza y con una mala salud endémica deberían haber convertido a Dick Jewell en un héroe, pero ahora que estaba muerto, muchos ciudadanos se declaraban dispuestos a bailar sobre su tumba.

Su cadáver fue descubierto a primera hora de la tarde del domingo en el despacho que tenía sobre las cuerdas de Brooklands, una finca en County Kildare que era propiedad suya y de su esposa. Maguire, el capataz, había

subido por la escalera exterior para informarle sobre un caballo que cojeaba y que con toda probabilidad no podría participar en la carrera prevista para el siguiente jueves en Leopardstown. La puerta del despacho estaba entreabierta, pero a Maguire no se le hubiera ocurrido entrar sin dar antes unos golpes con los nudillos. En aquel mismo instante presintió que algo andaba mal. Cuando más tarde se le pidió que describiera el porqué de aquella sensación, no pudo hacerlo. Tan sólo dijo que se le había erizado el cabello en el cogote, y añadió que recordaba claramente haber escuchado el relincho de Blue Lightning en la quietud del cercado. Blue Lightning era el caballo favorito de Dick Jewell, un ejemplar de tres años con un futuro muy prometedor.

El disparo había arrancado a Jewell de su silla y le había lanzado sobre la mesa, dejándole postrado en un extraño ángulo. De la esquina más alejada colgaban un trozo de mandíbula, unos cuantos dientes y un fragmento ensangrentado de la columna, únicos restos de lo que había sido su cabeza. En el ventanal situado frente a la mesa había una gran salpicadura de sangre y sesos como una peonía gigantesca con un agujero abierto en el centro, por el cual se veía un paisaje de prados ondulantes que se perdían en el horizonte. A Maguire, al principio, le costó comprender lo que había sucedido. Parecía que el hombre se había pegado un tiro, pero Diamante Dick Jewell era la última persona de la que Maguire, o cualquiera, habría pensado que se volaría la tapa de los sesos.

Los rumores y las especulaciones no tardaron en dispararse. El hecho de que todo hubiera sucedido en una somnolienta tarde de domingo, mientras las hayas que se extendían a lo largo del camino de entrada de Brooklands se agostaban bajo el sol y el aroma a heno y a caballos pesaba en el aire del verano, aumentaba el impacto del suceso. Casi nadie conocía los detalles de lo que había ocurrido. ¿Quién mejor que los Jewell sabía cómo echar tierra

sobre un escándalo? Y un suicidio en aquellos días en ese país era un escándalo muy grave, desde luego.

En la redacción del *Clarion*, situada en Eden Quay, el ambiente era una mezcla de pandemónium y perpleja incredulidad. Los empleados, desde los linotipistas hasta los editorialistas, tenían la sensación de moverse bajo el agua, o a través de un medio más pesado y entorpecedor que el agua, pero al mismo tiempo todo discurría a gran velocidad, como la crecida de un río que se lleva el mundo por delante. El director, Harry Clancy, había acudido desde Portmarnock, donde un *caddy*, enviado a buscarle en bicicleta, le había alcanzado en el hoyo 12. Aún vestido de golfista, recorría su despacho de un extremo a otro y los tacos de sus zapatos resonaban marciales sobre el suelo de linóleo mientras dictaba un panegírico a su secretaria, la ya madura y ligeramente bigotuda señorita Somers, que lo taquígrafaba en un cuaderno de papel carbón.

—... fulminado en la flor de la vida —declamaba Clancy— por una hemorragia cerebral —se interrumpió de golpe para mirar a la señorita Somers, que había cesado de escribir y permanecía inmóvil, con el lápiz suspendido sobre la libreta apoyada en su rodilla—. ¿Qué sucede?

La señorita Somers aparentó no escucharle y comenzó a escribir de nuevo.

—... *en la flor de la vida...* —murmuró, trazando trabajosamente las palabras sobre el barato papel grisáceo.

—¿Qué se supone que debo decir? —preguntó Clancy—. ¿Que el jefe se voló la tapa de los sesos?

—... *por una he-mo-rra-gia ce-re-bral...*

—Vale, de acuerdo, quite eso.

Clancy se había sentido muy satisfecho al encontrar aquella fórmula más que aceptable para explicar su muerte. ¿No se había producido una hemorragia? Dado que Jewell utilizó una escopeta, tuvo que perder muchí-

sima sangre. El *Clarion* no mencionaría el suicidio, tampoco sus rivales: los suicidios, por una norma no escrita, no se publicaban en prensa para no herir los sentimientos de los familiares y para evitar que las compañías de seguros los usaran como excusa para no pagar a las familias. No obstante, pensó Clancy, era mejor no publicar una mentira demasiado obvia. Antes o después se sabría que el jefe se había dado de baja —¡Dios, ésa era una buena frase!—, por muy elaboradas que fuesen las mentiras que se contaran.

—Sólo escriba: «A la trágicamente temprana edad de cuarenta y cinco años y en la plenitud de su carrera profesional», y déjelo así.

Metió las manos en los bolsillos y caminó con gran estruendo hasta la ventana y permaneció allí, con la vista clavada en el río. ¿Es que nadie limpiaba aquel cristal? Apenas conseguía ver el exterior. La ciudad relucía bajo el calor y casi podía saborear la carbonilla en el aire polvoriento. El río despedía un olor nauseabundo que ningún cristal sucio, por grueso que fuese, habría conseguido detener.

—Léame lo que lleva escrito —gruñó. Aquel día había estado en plena forma en el campo de golf: tres *bogeys* y un *birdie* en el hoyo nueve.

Su secretaria le miró de reojo. Aquel jersey rosa podía ser adecuado para el campo de golf, pero en la oficina le daba un aire de mariquita jubilado. Clancy era un hombre corpulento, con una mata de rizos cobrizos en los que ya se entreveían canas y una red cárdena de venas en los pómulos, testimonio de una vida bebiendo a conciencia. Era él quien debía preocuparse por una posible hemorragia cerebral, pensó la señorita Somers. En los cuarenta años que ella llevaba en el *Clarion*, era el cuarto director para el cual trabajaba, sin contar a Eddie Randall, que no aguantó la presión y fue despedido a los quince días de su nombramiento. La señorita Somers recordó al viejo Jewell, a quien todos llamaban Francie; unas Navidades, mientras bebían

un vino caliente especiado en Mooney, él le había hecho una proposición indecorosa que ella había simulado no comprender. De todos modos, aquél era un hombre de verdad, no como los de ahora, que se hacían llamar periodistas —¿qué había sido de los *reporteros*?— y se pasaban la mitad de la semana jugando al golf y la otra mitad en el pub.

Clancy había reanudado sus idas y venidas y su perorata.

—... vastago de una distinguida familia de Dublín y un... —se detuvo de nuevo sofocando su ira, mientras la señorita Somers, delicada pero audiblemente, se aclaraba la garganta—. ¿Qué sucede ahora?

—Perdone, señor Clancy... ¿Qué palabra acaba de decir?

—¿Cuál? —inquirió desconcertado.

—¿Quiere decir *vástago*? —preguntó la señorita Somers sin alzar la vista del papel—. Creo que es así como se pronuncia, no *vastago*.

Inmóvil en mitad del despacho, él respiró hondo mientras contemplaba con furia e impotencia la raya blanca que dividía la cabellera plateada por el centro. ¡Maldita solterona amargada!

—Le ruego que perdone mi ignorancia —dijo con fatigado sarcasmo—: *Vástago* de una distinguida familia de Dublín...

Y un bastardo sin escrúpulos, pensó, capaz de arrancarte el corazón con la misma rapidez con que te miraba. Con gesto impaciente, movió una mano y se sentó tras su mesa.

—Lo terminaremos más tarde —dijo—. Hay tiempo de sobra. Y, por favor, dígame a la operadora que me ponga con Hackett, en Pearse Street.

Pero el inspector Hackett no se encontraba en la comisaría, sino en Brooklands, por supuesto. Y, como

Clancy, tampoco estaba de muy buen humor. Acababa de terminar la comida del domingo —una sabrosa pierna de cordero— y se estaba preparando para ir a Wicklow a pescar cuando sonó el teléfono. Una llamada en la tarde del domingo sólo podía ser de su cuñada, amenazando con ir a visitarlos con su prole, o de la comisaría. Hoy, no sabía por qué, al escuchar el timbre agudo del teléfono, había adivinado de quién se trataba y que el asunto era serio. El nuevo policía, Jenkins, había pasado a recogerle en un coche patrulla; él había escuchado el ulular de la sirena cuando aún se hallaba a tres calles de distancia. Su mujer le había preparado un sándwich con los restos del cordero —la tarea esencial de May en la actualidad parecía ser alimentarle— y el peso en el bolsillo del bulto templado del pan y la carne, envuelto en papel encerado, le molestaba. Lo habría arrojado por la ventanilla del coche patrulla tan pronto salieron al campo si no le hubiera parecido una traición.

Jenkins estaba muy excitado. Era su primera misión seria desde que le habían destinado con el inspector Hackett, y el asunto prometía ser importante. Aunque las primeras informaciones de Brooklands sugerían que Richard Jewell se había suicidado, Hackett se mostraba escéptico y sospechaba que había gato encerrado. Jenkins no comprendía cómo el inspector conseguía estar tranquilo, pues, a pesar de todos sus años de servicio, no era probable que se hubiera enfrentado a más de un puñado de asesinatos y ninguno desde luego tan sensacional como éste, en caso de que se tratara de un asesinato. Sin embargo, lo único que parecía preocuparle era haberse visto obligado a cancelar su jornada de pesca. Salió de su casa —su esposa le había seguido con la vista desde la penumbra de la puerta de entrada— con semblante hosco, y lo primero que hizo cuando se metió en el coche fue preguntarle por qué diablos había encendido la sirena si era domingo y prácticamente no había coches en la calle. A partir de aquel momen-

to no pronunció más de una docena de palabras hasta que llegaron al pueblo de Kildare. Allí tuvieron que preguntar cómo se iba a Brooklands, lo que le enojó aún más.

—¿No se le ocurrió mirar el mapa antes de ponerse en camino?

Pero la mayor humillación aguardaba a Jenkins cuando por fin llegaron a Brooklands. Una cosa era un cadáver, y algo muy distinto era un cadáver con sólo un trozo de mandíbula en donde debería estar la cabeza y con un pedacito cartilaginoso de la columna vertebral sobresaliendo de la espalda.

—¡Salga inmediatamente! —gritó el inspector cuando vio que se ponía verde—. ¡Lárguese antes de que vomite sobre las pruebas!

El pobre Jenkins bajó la escalera exterior dando tumbos y, en una esquina del patio empedrado, vomitó lo que quedaba de su comida.

Qué extraño le resultaba a Hackett estar en aquella hermosa casa de campo, con los pájaros cantando y una lámina de sol entrando hasta sus pies por la puerta abierta del despacho de Jewell y, al mismo tiempo, aspirar el viejo olor familiar de una muerte violenta. Y no es que lo hubiera olido a menudo, pero una vez que se percibía no se olvidaba jamás: esa mezcla ligeramente pestilente de sangre y excrementos y algo más, algo tenue, incisivo y larvado, quizá el olor mismo del terror o el de la desesperación. ¿No estaría siendo fantasioso? ¿Podían dejar un rastro la desesperación y el terror? Escuchó el sonido de las arcadas de Jenkins en el patio. No podía recriminar al pobre tipo su debilidad: Jewell era una visión espantosa, arrojado y retorcido sobre la mesa como un sacacorchos y con los sesos esparcidos en la ventana que había tras él. Hackett se fijó en la escopeta, era una belleza: una Purdey, si no se equivocaba.

Jenkins subió a duras penas los escalones de madera, dio un paso dentro del despacho y se detuvo.



—Lo siento, inspector.

Hackett no se giró. Estaba de pie al lado de la mesa, con las manos en los bolsillos del pantalón y el sombrero echado hacia el cogote. Jenkins se fijó en el brillo de las coderas y de la espalda de la chaqueta azul. Miró por encima del hombro de su jefe a aquella cosa arrojada sobre la mesa como un pedazo de ternera. Se sintió desilusionado. Había esperado que se tratara de un asesinato, pero el cadáver sostenía el arma entre las manos.

Un coche se detuvo en el patio.

—Los forenses —dijo Jenkins, asomándose a la escalera.

Sin moverse, el inspector hizo un ademán tajante con la mano.

—Dícales que esperen un minuto. Dícales —y se rió brevemente— que estoy cavilando.

Jenkins bajó los escalones de madera, sonaron voces en el patio y regresó. Hackett hubiera preferido que le dejaran solo. Siempre sentía una extraña paz en presencia de la muerte; le sobresaltó darse cuenta de que era el mismo sentimiento que tenía últimamente cuando May se iba a la cama temprano y le dejaba en su sillón junto a la chimenea, con una bebida en la mano, observando rostros en las llamas. Ese anhelo de soledad no era un buen signo. No era el olor de la sangre y la violencia, sino aquel otro más dulce a caballos y a heno y a cosas similares el que le llevaba a pensar sobre el pasado, sobre su infancia, sobre la muerte y los seres queridos que ya habían muerto.

—¿Quién lo encontró? —preguntó—. ¿El mozo de cuadra?

—El capataz —contestó Jenkins a su espalda—. Un tal Maguire.

—Maguire, sí —escenas de sangrienta desgracia como aquélla constituían un momento detenido en el tiempo, un segmento rescatado de la corriente rutinaria de las cosas y mantenido en vilo, como un espécimen presionado

entre dos láminas de cristal bajo la lente del microscopio—. ¿Oyó el disparo?

—Dice que no.

—¿Dónde se encuentra?

—En la casa. Estaba tan conmocionado que la señora Jewell lo llevó allí.

—¿La esposa está aquí? ¿La viuda? —recordó que la mujer de Jewell era extranjera. ¿Española? No, francesa—. ¿Oyó el disparo?

—No he hablado con ella.

Hackett dio un paso al frente y tocó la muñeca del muerto. Fría. Podía llevar allí horas sin que nadie lo supiera.

—Dícales a los forenses que suban —Jenkins se dirigió a la puerta—. ¿Dónde está Harrison? ¿Viene de camino? Harrison era el forense local.

—Está enfermo, por lo visto.

—Es más probable que esté en su barco.

—Dicen que tuvo un ataque al corazón.

—¿Cuándo?

—La semana pasada.

—¡Dios!

—Han llamado al doctor Quirke.

—Vale.

Maguire era un hombre corpulento con una gran cabeza cuadrada y manos también cuadradas con venas gruesas como cuerdas, que todavía temblaban visiblemente. Estaba sentado ante la mesa de la cocina en una zona iluminada por el sol, con una taza de té delante y la mirada perdida. Su labio inferior temblaba en el rostro ceniciento. Hackett lo observó con severidad. Aquellos que parecían más duros eran siempre los más vulnerables. Sobre la mesa había un jarrón con tulipanes rosas. Del campo llegaba el sonido de un tractor recolectando el heno en la tarde de domingo para aprovechar el buen tiempo.

Habían pronosticado lluvia para el final de la semana. En una repisa sobre el fregadero se oía el grave murmullo de un enorme transistor.

Hackett sólo había coincidido con Richard Jewell en una ocasión, durante una fiesta para recolectar fondos destinados a las viudas de la Garda. Le había dado la impresión de que Jewell tenía ese lustre anodino de los hombres ricos; sólo sus ojos parecían reales, como remaches en una máscara sonriente. Era un tipo apuesto, aunque con un aire lobuno, con demasiados dientes, blancos y grandes, y una nariz como un hacha de piedra. Mientras se movía entre la multitud, saludando sonriente al comisario y al alcalde y haciendo temblar las rodillas de las mujeres, parecía estar exhibiéndose, girando aquí y allá, como si fuese una gema preciosa que admirar y envidiar. Diamante Dick. Era difícil no dejarse impresionar. ¿Por qué iba a quitarse la vida un hombre así?

—¿Le apetece una taza de té, inspector? —le preguntó la señora Jewell.

Alta, delgada y con unos intensos ojos negros, la mujer se hallaba junto al fregadero con un cigarrillo entre los dedos, elegante e inexplicablemente tranquila. Llevaba un vestido de seda gris perla y unos finos zapatos de charol con altísimos *stilettos*. El cabello, muy negro, estaba recogido hacia atrás, y no llevaba joyas. Algún estilizado pájaro local, digamos una garza, habría desentonado menos en aquel paraje tan irlandés.

—No, gracias, señora —contestó Hackett. Jenkins hizo un ligero ruido y el inspector, girando levemente, le señaló con la mano—. Por cierto, él es el sargento Jenkins.

Tuvo que morderse los labios para no sonreír al pronunciar el nombre de Jenkins. Le sucedía siempre. Por alguna razón, le recordaba una película, que había visto de niño en alguna parte, de un burro que llevaba un sombrero con dos agujeros por los que asomaban sus orejas peludas. Y a decir verdad las orejas de Jenkins eran enormes y lige-

ramente puntiagudas. Tenía un rostro alargado y muy pálido, y su nuez parecía colgar del extremo de una cuerda elástica. Aunque dispuesto y siempre servicial, no era de gran ayuda. Numerosas son las cosas que surgen en nuestro camino para ponernos a prueba, se dijo Hackett.

—Dígame, señora, ¿se hallaba aquí cuando..., cuando ocurrió? —preguntó con delicadeza.

La señora Jewell enarcó una ceja.

—¿*Cuándo* ocurrió?

—No lo sabremos con certeza hasta que llegue el forense, pero mis colegas opinan que podría haber sucedido hace unas cuatro o cinco horas.

—En ese caso, no. Llegué a... —miró el reloj de pared que había sobre la cocina—, a las tres, o tres y media. En torno a esa hora.

Hackett asintió. Le gustaba su acento. No parecía francesa, le recordaba más bien a aquella mujer sueca de las películas... ¿Cómo se llamaba?

—¿Existe alguna razón para que su marido...?

Ella casi soltó una carcajada.

—No, por supuesto que no.

Él asintió de nuevo y, frunciendo el ceño, bajó la vista a su sombrero, cuyo borde sujetaba entre las yemas de los dedos. Aquella mujer le hacía sentirse servil y respetuoso, como un aspirante a un puesto de trabajo. Advirtió con sorpresa que todos estaban de pie excepto Maguire, que permanecía sentado a la mesa en estado de shock. ¿Qué le pasaba a aquel tipo? ¿Se había venido completamente abajo?

Centró de nuevo su atención en la mujer.

—Perdone que le diga esto, señora Jewell, pero no parece muy sorprendida.

Ella abrió aún más los ojos; eran extraordinarios, negros y brillantes, los párpados afilados en las esquinas como los de un gato.

—Por supuesto que estoy sorprendida. Estoy... —buscó la palabra—, estoy desconcertada.

Aquello pareció zanjar el tema y el inspector se dirigió al capataz.

—Usted dijo que no oyó el disparo. ¿Es así?

Maguire no se dio cuenta de que se dirigía a él y Hackett tuvo que preguntarle de nuevo, esta vez alzando la voz. El hombre dio un respingo, como si le hubieran empujado por la espalda.

—No —dijo sin levantar la vista del suelo—. Probablemente me hallaba en los gallops.

Hackett miró a la señora Jewell.

—Los gallops son las pistas donde se entrena a los caballos —dijo ella.

Había finalizado el cigarrillo y estaba buscando algo donde dejar la colilla con una vaga y divertida expresión de desorientación, como si nunca hubiera estado en una cocina, ni siquiera en ésta, y se sintiera, al mismo tiempo, admirada y perpleja por todos aquellos extraños utensilios y electrodomésticos. Jenkins vio un cenicero sobre la mesa, lo cogió con presteza y se lo acercó. Fue recompensado con una sonrisa inesperadamente cálida, incluso radiante, y por primera vez Hackett se dio cuenta de lo hermosa que era aquella mujer, demasiado delgada y demasiado fría, pero encantadora a pesar de ello. Y le sorprendió pensar así, ya que nunca había entendido mucho sobre la belleza de las mujeres.

—¿Ha subido al despacho? —le preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió ella. Él permaneció en silencio, mientras giraba el sombrero lentamente entre los dedos. La mujer esbozó una media sonrisa—. Estuve en Francia durante la guerra, inspector. No es el primer cadáver que veo.

Ingrid Bergman... Ya lo tenía, ése era su acento. Ella le estaba observando y él bajó la vista. ¿Así que su esposo ya sólo era un cadáver para ella? Qué extraña era, incluso para ser francesa.

De pronto, Maguire rompió a hablar y sus palabras parecieron sorprenderle a él tanto como a ellos.

—Hizo que le limpiara la escopeta. Me la dio ayer y me pidió que se la limpiara —los otros tres le observaban y él les devolvió la mirada, de uno en uno—. Nunca lo hubiera imaginado —dijo con tono asombrado—. Nunca lo hubiera imaginado.

Nadie dijo nada, todos permanecieron tal como estaban antes, como si Maguire no hubiera hablado.

—¿Quién más estaba en la casa? —preguntó Hackett a la señora Jewell.

—Creo que nadie. Sarah, la esposa del señor Maguire, es el ama de llaves de la finca, pero estaba en misa y después tenía pensado ir a ver a su madre. El señor Maguire ya le ha dicho que estaba en las pistas. Y yo venía hacia aquí en el Land Rover.

—¿No hay más empleados? ¿Otros peones, mozas de cuadra...? —se detuvo, pues no conocía los nombres específicos de aquellos trabajos—. ¿Más personal?

—Desde luego, pero hoy es domingo —contestó la señora Jewell.

—Claro, es verdad —el sonido insistente del tractor, aunque lejano, le estaba provocando dolor de cabeza—. ¿Es posible que su marido tuviera en cuenta ese dato, que no habría nadie en la finca?

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez, ¿quién puede saberlo ahora? —unió ligeramente las manos a la altura del pecho—. Debería entender, inspector... —vaciló un momento—. Perdóneme, he olvidado su nombre.

—Hackett.

—Es cierto, disculpe, inspector Hackett. Ha de comprender que mi esposo y yo llevábamos vidas... separadas.

—¿Estaban separados?

—No, no —ella sonrió—. Incluso después de tanto tiempo mi inglés a veces... Lo que quiero decir es que cada uno tenía su propia vida. Es..., quiero decir, era ese tipo de

matrimonio —sonrió de nuevo—. Quizá esto le sorprenda un poco.

—No, señora, en absoluto. Sólo estoy intentando comprender las circunstancias. Su marido era una persona muy conocida. Esto va a llenar muchas páginas de los periódicos, habrá muchos comentarios. Todo este asunto es muy... delicado. ¿No es cierto?

—Lo que usted quiere decir es que será un escándalo.

—Lo que quiero decir es que la gente querrá saber, querrá conocer las razones.

—¿La *gente*? —preguntó ella en tono mordaz, mostrando por primera vez una chispa de pasión, aunque sólo una chispa—. ¿Qué le importa esto a la *gente*? Mi marido, el padre de mi hija, está muerto. Es un escándalo, sí, pero un escándalo para mí y para mi familia, y para nadie más.

—Sí —dijo Hackett con suavidad, mientras asentía con la cabeza—. Es verdad, pero la curiosidad es insaciable, señora Jewell. Le recomiendo que tenga el teléfono descolgado durante un par de días. ¿Tiene amigos con los que pueda quedarse, alguna casa en la que alojarse?

Ella echó la cabeza hacia atrás y le miró desde lo alto de su estrecha y elegante nariz.

—Inspector, ¿le parezco el tipo de persona que se esconde? —preguntó con frialdad—. Sé cómo es la *gente*, conozco cómo les *pica* la curiosidad, sé lo que significan los interrogatorios. No tengo miedo.

Hubo un breve silencio.

—Estoy seguro de que usted no es ese tipo de persona, señora Jewell —dijo Hackett—. Estoy seguro.

En un segundo plano, Jenkins observaba a la mujer con admirada fascinación. Maguire, aún absorto, dejó escapar un gran suspiro. La señora Jewell, desaparecida su furia, si aquello era furia, giró la cabeza a otro lado. De perfil, parecía un relieve de la tumba de un faraón. El sonido de un coche sobre los adoquines del patio irrumpió en la cocina.

---

—Ése debe de ser Quirke —dijo el inspector Hackett.